

Entrevista a José Condorcanqui

En abril de 1985 tuve la oportunidad de entrevistar a José Condorcanqui en un café céntrico de Buenos Aires. Condorcanqui es un indígena colla que en ese momento se desempeñaba como tesorero de la Asociación Indígena de la República Argentina (AIRA). Me interesaba entonces ponerme al tanto del tema indígena —sobre todo a través del testimonio de uno de sus representantes y líderes— pues consideraba este problema profundamente descuidado, al menos en el Río de la Plata. Notaba con cierto pesar que aún los intelectuales más comprometidos en aceptar la opción “latinoamericana” de su país —cuya ideología oficial ha sido casi siempre la de construir una identidad nacional basada en la tradición “europea”—ignoraban o deliberadamente omitían este problema.

En la entrevista se hace notar la falta total de interés del gobierno nacional por el problema indígena, un alarmante ejemplo de lo cual sería la precariedad con que se realizó el último censo de la población india del país — ¡hace 27 años!— en el que se censaron 500.000 personas. Estas cifras no eran exactas siquiera en ese momento, ya que los censadores no llegaron hasta las regiones más alejadas y además desconocían las lenguas, lo cual obstaculizaba la comunicación. Estudios antropológicos más recientes indican que existen 16 millones de habitantes argentinos con antepasados indígenas. Creo que es importante en este año 1993, declarado por las Naciones Unidas el “Año Internacional de las Comunidades Indígenas,” tener presente estos datos para elaborar un diagnóstico más próximo a la verdad de la situación demográfica de un país como la Argentina.

En conversaciones telefónicas más recientes, pude actualizar la información obtenida en aquel encuentro. En los últimos años Condorcanqui se ha apartado de la AIRA por motivos políticos, y ahora trabaja para el Centro Colla, como asesor técnico, o como él prefiere llamarse, es su *amauta*, recuperando con este nombre el sentido profundo de consejero de la comunidad. Afirma que el trabajo de unificación de la lucha indígena en reclamo de tierras que se realizaba institucionalmente desde la AIRA ha perdido vigencia, ya que la estrategia política ahora no es común, sino zonal. Es así como han comenzado a tener mayor peso político ciertas agrupaciones regionales como el Consejo Asesor Indígena, organizado por los mapuches de

Río Negro, el Centro Colla, que enfatiza la perduración de su cultura y religión, y ciertas organizaciones de mujeres.

Condorcanqui se muestra entusiasmado por el rebrote del orgullo de la identidad indígena entre los jóvenes que han migrado a las ciudades, quienes mantienen el uso de su ropa tradicional, y la movilización de las mujeres indias, principalmente las collas y mapuches quienes se están organizando políticamente. Es el caso de Rosalía Gutiérrez, una india colla que realiza tareas domésticas en la capital y Coliqueo Berreta, una mapuche que está empleada en los telares de las empresas coreanas que han desplazado a los tradicionales comerciantes judíos del Barrio del Once en Buenos Aires. Ultimamente la mujer indígena ha asumido un papel fundamental en la comunidad, ya que debido a las migraciones de los hombres a las ciudades en busca de trabajo, ellas son las que permanecen en sus hogares criando a los hijos y cultivando las tierras, y tienen además la responsabilidad de ser las transmisoras de la tradición. Asegura que el feminismo indígena no es competitivo, ya que no intentan desplazar a los hombres, sino trabajar solidariamente, creando organismos de ayuda recíproca, como cooperativas, guarderías, etc.

Sin embargo, todavía queda mucho por hacer, afirma Condorcanqui. Es desesperante el índice del 40 por 1000 de mortandad infantil en Salta. Ha habido además un rebrote de tuberculosis, y la epidemia del cólera ha hecho estragos entre las poblaciones colla y mataco, en el Chaco, Formosa y Jujuy, donde se han registrado 900 casos. A esto se le suma la migración permanente de indios de los países limítrofes hacia Buenos Aires, donde se está acentuando el racismo por la precaria situación económica y la consecuente competencia por escasos empleos.

Para repudiar los festejos de los 500 años del descubrimiento de América, un grupo de indígenas se reunió en la histórica Plaza de Mayo de Buenos Aires para realizar una huelga de hambre. Desgraciadamente, tal medida de fuerza fue recibida con total indiferencia por el gobierno. Condorcanqui critica duramente al presidente Carlos Menem, quien asegura tiene actitudes racistas frente a los indios, al ignorar sus demandas de tierras. Un ejemplo de esto fue su rechazo a recibir oficialmente al cacique Yancas del Chaco, aunque asegura que esto es un rasgo común en el peronismo, al que denuncia como un movimiento tradicionalmente anti-indio. Curiosamente, los legisladores que se han preocupado por el tema indígena provienen del partido radical, tradicionalmente formado y dirigido por miembros de la clase media. Se trata de los senadores Solari Irigoyen y De la Rúa, quienes han presentado mejoras a las leyes indígenas y demandan que se respeten las zonas ecológicas.

Lo que sigue es una transcripción de aquella entrevista.

Pregunta: Considero fundamental hacerle una primera pregunta, para aclarar su identidad. ¿Quién es Ud., José Condorcanqui o José Lanusse?

José Condorcanqui: El problema es así. La gran mayoría de los indios en la Argentina hasta el año '70 no tenían documento de identidad, y los pocos que lo tenían, no les respetaba el nombre original, porque decían que no eran nombres que estuvieran en el calendario romano. Además, eso está implícito en la política de genocidio que el Estado Nacional practica con los indios tanto acá como en el resto de la América Latina. Entonces a los indios se les da el nombre de José Pérez, Fernández o López; o si no, por ejemplo, en el Chaco salteño se encuentra un grupo de indígenas selváticos que tienen el nombre de todos los miembros de la Primera Junta.

Como el documento de identidad lo extiende Gendarmería Nacional junto con el Registro Civil, Gendarmería hace recorridos y trae a los indocumentados al Registro Civil y allí les ponen el nombre del almacenero, del comerciante de la zona, como burlándose del comerciante y del indio. Así, por ejemplo, conocimos indios que se llaman Nahúm Jerebrisky o Tulman, que son nombres eslavos. Después del año '70 hubo una amnistía para la documentación, y en esa época nos dieron documentos.

La certeza de que yo soy Condorcanqui es por tradición oral. El nombre documentado por parte de mi abuela es Huanca, que significa en quechua "príncipe." Lo que pasó fue que después de la batalla de Tinta, en la que perdieron los indios y mataron a José Gabriel Condorcanqui, Tupac Amaru II, y a toda su familia, todos los que pertenecían al clan Condorcanqui escaparon para salvarse la vida. Así, la tradición oral vino bajando de Perú a Bolivia, y de allí a la Argentina. Esto ocurre en el siglo XIX. Pero mi nombre "occidental y cristiano" es José Diego Lanusse. Cuando mi padre hizo el "malón de la paz"¹ en la década del '40, lo documentaron. Y como mi padre reclamaba la tierra y en esa época había una gran empresa en Buenos Aires vendedora de tierras que se llamaba Lanusse y Compañía, de Pedro Antonio Lanusse, a mi padre le pusieron Lanusse. De ahí es que yo me llamo así.

P: ¡Qué cruel ironía! Hábleme de la actividad que desarrolla la Asociación Indígena de la República Argentina.

J.C.: La Asociación Indígena de la República Argentina no nace espontáneamente, sino como consecuencia de muchas experiencias y muchos años de trabajo. Después de la experiencia del "malón de la paz," primer movimiento reivindicativo de los indígenas, ya que los collas de la Puna jujeña y de la Puna salteña bajaron en una gran caravana hacia la Capital Federal con el apoyo del Coronel Bertonasco, para reclamar los títulos de propiedad de las tierras, a finales de la década del '40. Llegaron a Buenos Aires, y el gobierno de turno, el General Perón, no los atendió personalmente él, sino que los hizo atender por Quijano. Fue una experiencia muy dura para nuestros antepasados inmediatos, para nuestros padres, porque fueron golpeados y apaleados y les echaron gamexanne porque decían que eran roñosos. Esto ocurrió en la Plaza de Mayo, y de allí fueron llevados a los galpones de inmigrantes y de allí arriados como animales por la caballería, hasta la esta-

ción Retiro, donde fueron subidos en vagones de carga para que volvieran a sus pagos. Eso dejó una fuerte actitud en algunos de resignación y en otros un mayor deseo de reconquistar sus derechos. Entonces pasaron los años y los hijos de esa generación nos vinimos a Buenos Aires. Acá empezamos a reclamar las cuestiones indígenas y nos conocimos con tobas, mapuches e indígenas de otras catorce nacionalidades que estaban aquí con el mismo propósito.

En el '67 organizamos lo que se llama la Casa Latinoamericana y creamos una comisión en defensa de la cultura indígena. En esta Casa desarrollamos tareas de enseñanza de idiomas, de instrumentos, de danza, y además hacíamos mesas de trabajo sobre historia y política indígenas. En una reunión de festividades del 12 de octubre, conocimos personalmente a un militante que en esa época era un estudiante secundario que más tarde se recibió de abogado, Eulogio Friti, y conocimos a los hijos de Don Félix Cayuqueo, un viejo militante mapuche de Los Toldos; también al toba Moreno y a gente que no era indígena, pero que nos apoyaba en nuestras tareas, y así se formó la Mesa Coordinadora de Instituciones Indígenas. Hasta ese momento, los indígenas que vivían en barrios de emergencia también estaban organizándose por su propia cuenta. Pero simultáneamente, en otros países latinoamericanos como México, Bolivia, Perú, también se organizaban. Parecería como si este movimiento espontáneo hubiera sido planteado por una fuerza superior.

La Mesa Coordinadora de Instituciones Indígenas saca una declaración en defensa de la cultura indígena, de la necesaria incorporación de los aportes de la ciencia y la técnica universal a la cultura indígena, y además, reclama la personería jurídica, que es como si una cooperativa o una sociedad anónima pidieran tener personería jurídica para que sus derechos sean respetados. Esto ocurre en el '71, cuando colaboran indígenas y no indígenas, dando el aporte de sus conocimientos interdisciplinarios, en ciencias de la educación, antropología, sociología, historia, política. Porque, como los indígenas de la República Argentina son marginados, no tienen acceso a la cultura, sólo lo logran cuando salen de su comunidad y se incorporan a la ciudad con un gran dolor, dejando sus tradiciones y sus costumbres. Eso me ha pasado en mi historia personal. Yo vine a Buenos Aires en el año 1966 y tuve que renunciar a muchas de mis costumbres, pero acá me he ido capacitando en forma gradual, hice la escuela primaria, la secundaria ...

P: ¿Por qué dejó Tucumán?

J.C.: Me alejé porque no había fuentes de trabajo. Yo trabajaba allá, y como habían cerrado muchos ingenios, se produjo la gran desocupación. Entonces todo provinciano busca los grandes centros poblados, porque allí hay más posibilidades de trabajo. Esto no escapa a los indígenas. Si bien en los grandes centros pierden parte de sus costumbres y su cultura, incorporan lo urbano, y como la vida es un permanente aprendizaje, hay que estar preparándose continuamente para resolver los problemas. Esta preparación

en alguna medida autodidacta y en otra metódica, sistemática y organizada, ha llevado a que se formaran los primeros dirigentes indígenas. Lo importante es que desde el '71 hemos tenido una lucha heterogénea, porque los indígenas tienen distintas religiones, porque las religiones que les han enseñado los misioneros han calado profundamente en ellos, las religiones protestantes: anglicana, adventista, por ejemplo, les han dado un tipo de cosmovisión que no ha permitido llevar a la unidad de los indígenas.

P: Que en el fondo no es más que una sutil infiltración cultural...

J.C.: Es un genocidio. A pesar de ello, las propuestas comunes de "tierras para los indios," con título de propiedad, de educación en forma bilingüe, de educación en forma bicultural, han sido las banderas de unificación sobre las diferencias religiosas, sobre las diferencias políticas y sobre las diferencias étnicas, porque las necesidades del pueblo toba, que es selvático, como el matakó; o las del pueblo colla, que es montañoso; o las del pueblo mapuche, que es de llanura, son distintas. Pero sí nos une la marginación, la falta de asistencia médica, la falta de ocupación plena, y también nos une el derecho de sobrevivir.

P: Entonces, ¿cuáles son los objetivos de la Asociación Indígena de la República Argentina?

J.C.: La Asociación se crea en el año '75. Es la primera organización indígena con persona jurídica como institución de bien público. Existen otras —no inscriptas en el Registro Nacional de Instituciones— de tipo político, como el Centro Colla, el Minjumo (Movimiento Indígena Nacional Justicialista), y también hay una vieja organización indígena centenaria, esotérica, que se llama Tahuan Colla, a la que pertenezco. Esta organización ha capacitado y preparado a sus líderes para conservar la religiosidad indígena. Por eso mi función dentro de los barrios de emergencia, donde hay indígenas colla, es de refrescarles las creencias y asistirlos desde el punto de vista de nuestra religiosidad.

P: Eso me parece importante, porque sé que en las comunidades mapuche, por ejemplo, cuando los caciques llaman a los miembros de la comunidad para organizar el *Nguillatún*,² los jóvenes no se muestran interesados en preparar esa ceremonia. ¿Es ésa generalmente la actitud?

J.C.: No ocurre eso en todos los jóvenes. Ocurre en los adolescentes, porque se mimetizan con los medios masivos de comunicación, como la radio, la televisión, la prensa. Eso hace que ellos tengan vergüenza de sus antepasados inmediatos. Además, como sienten la marginación por el color de su piel, por su forma de hablar, se niegan a sí mismos su identidad, y así pierden la personalidad. Pero eso, a medida que van pasando los años, cuando se alejan de su lugar de origen, y están en otro lugar extraño a su medio ambiente, sienten la nostalgia y allí es cuando vuelven a tomar los principios de sus padres.

P: El exilio es casi siempre una circunstancia que promueve una toma de conciencia de la propia identidad que generalmente se construye como re-

cuperación de los orígenes. ¿Cuál es entonces su función específica dentro de la Asociación Indígena Argentina?

J.C.: Yo soy revisor de cuentas. Se trata de una comisión como cualquier sociedad de fomento, con presidente, secretario, vocales, tesorero, que son elegidos cada dos años. Justamente el mes que viene, va a haber una elección interna. En ella se plantean distintas listas que representan distintas metodologías de trabajo, pero básicamente tienen una misma ideología.

P: En este momento, ¿quién es el presidente?

J.C.: El presidente es un hermano pintor que se llama Pastor Vallejo, que obtuvo un premio latinoamericano de pintura en Nicaragua. Es un hombre que vive en un barrio de emergencia, trabaja de albañil, pero él es un pintor autodidacta, con obras muy buenas.

P: Y, por supuesto, rescata todo el acervo de su tradición.

J.C.: El es un creativo imaginero y sus cuadros son místicos. Porque el indio, a pesar de tener una creencia sobre la materia, es muy místico.

P: ¿Logran todavía llevar a cabo sus rituales o ceremonias religiosas?

J.C.: Se conserva la tradición de persona a persona. Antes quisiera aclarar que mencioné la palabra "esotérico," pero no me refería al esoterismo como se entiende en la sociedad occidental, sino que es lo que para nuestro mundo mágico la palabra, el gesto, la danza, el sahumero de hierbas, las representaciones de arcilla o madera o de lana tejida. A través de ellos se invoca a entes no materiales. No son dioses, son entes no materiales.

P: Se trata seguramente de una visión del mundo, que el hombre del siglo XX, masificado y tecnificado, ha perdido. Ustedes, los que se vinieron a los centros urbanos, si vuelven a sus comunidades, ¿se sienten marginados, dónde se ubican?

J.C.: Lo que ocurre es que la transculturación deforma al individuo. El hombre que ha salido de su comunidad, en la que tenía que caminar 500 o 600 metros para buscar agua, donde tenía que caminar 2 km para traer la leña para cocinar, donde tenía que caminar 4 ó 5 leguas todos los días para realizar sus tareas de pastoreo o ir al campo de siembra, viene acá, a la ciudad, y abre la canilla, y tiene agua, y en vez de la leña, tiene el gas, y en vez de caminar, tiene el colectivo. Cuando vuelve a su comunidad, todos esos aportes que ha aprendido en la ciudad no los olvida, y los extraña. Entonces está un tiempo en su comunidad, pero vuelve a la ciudad. Pasa lo mismo con los campesinos: se puede dejar el campo, pero no se puede dejar la ciudad.

P: ¿Cuál es el número de indígenas en la Argentina?

J.C.: En el año '66 se hizo un censo incompleto y se han alcanzado a censar cerca de 500.000 indígenas que viven en comunidades. Pero el censo no se pudo realizar en forma completa por la falta de recursos humanos y la falta de transportes que tenían los censadores. Además, porque no estaban capacitados para realizar el censo en las comunidades indígenas, ya que el censista debe conocer el idioma del indio, porque todo extraño que llega a

una comunidad es visto con desconfianza, ya que los indios siempre fueron perjudicados por los extraños, y esto les quedó de la época de la llegada de los europeos.

P: ¿La Asociación recibe subsidios del Estado?

J.C.: No. La Asociación vive con el aporte de su masa societaria. Pero sí recibe ayuda de instituciones de bien público, de fundaciones europeas. Recibió una cifra que le permitió comprar el local que está en la calle Balbastro 1790, y una asignación mensual de alrededor de 300 dólares para los gastos administrativos.

P: ¿Cómo ven el futuro de esas comunidades? ¿Terminarán por integrarse a la sociedad nacional?

J.C.: El problema de las comunidades indígenas es muy grave. Hay una gran mortandad infantil, hay cantidades de endemias y pandemias curables. No pasa solamente con los indígenas, sino también con los campesinos que viven en la zona de frontera y en la zona semiárida y árida. Si no hay una política de desarrollo de salud y económica, inexorablemente las comunidades indígenas van a desaparecer, a no ser que ellas mismas realicen un trabajo de reestructuración. Pero ya hay consciencia en las generaciones intermedias que tienen entre 30 y 50 años, de que esto no va a ocurrir. Para ello se están organizando cooperativas y sociedades de fomento y se está trabajando intensamente para que el gobierno apruebe una ley de política nacional indígena, que en realidad, ya fue aprobada por la Cámara de Legisladores, pero que el Ejecutivo mandó de vuelta al Legislativo para algunas modificaciones por razones presupuestarias.

Nosotros, los indios, no nos queremos integrar. Para nosotros, integrar nos es aceptar lisa y llanamente un genocidio, renunciar a nuestra cultura. No se puede integrar una cultura a otra cuando existen tan dispares diferencias. Lo que los indios tenemos que conservar es nuestra cosmovisión, pero participando en esta sociedad como participan las colectividades japonesas, judías, que tienen todos los derechos, pero sin embargo, conservan su acervo cultural.

P: La opinión pública, ¿está al tanto de todas estas cosas?

J.C.: La opinión pública es un monstruo grande y ambiguo. Hay sectores de la población que están muy interesados por lo que pasa en las comunidades indígenas. Son los grupos particularmente politizados por un lado, y por otro, los grupos de la *intelligentsia*. Pero el ciudadano común, como no tiene una información permanente y constante, sabe que en el país hay indios, pero solamente se da cuenta cuando en los diarios salen notas sensacionalistas; pero luego hay un desconocimiento muy generalizado. Tanto es así, que he hablado con personas de cultura media, que saben que hay indios en este país, pero no saben qué tipo de indios, ni dónde están. Además, tienen una imagen del indio *for export*, es decir, del indio que le dan por la televisión.

P: Sí. Es alarmante cómo el argentino medio, cuando tiene que represen-

tarse mentalmente a un indio, lo primero que se le ocurre es imaginar a un cherokee o a un piel roja, que siempre son demonizados en las películas norteamericanas. Es evidente la carencia de información sobre nuestras poblaciones autóctonas que hay en la escuela. Esta ignorancia no es nada casual: ya es una tradición de la clase dominante de este país jactarse de que la Argentina es el país más “europeo” de Latinoamérica. Pasando a otro tema: ¿cómo se manifiesta el sincretismo religioso entre las comunidades de esta región?

J.C.: Hay un tremendo sincretismo que se ha producido por la convivencia y la permanente penetración de distintas religiones en los pueblos indígenas. Tanto, que muchas festividades indígenas, como por ejemplo la *Pacha Mama*, que es rendir culto a la madre tierra. Es un rito que se hace para la fertilidad, para la buena siembra, la buena cosecha, la buena parición de animales. Se hace un pozo en la tierra y con la *Pacha Mama* se habla; en el pozo se pone lo que uno come, lo que fuma, lo que bebe. Aquí es evidente el sincretismo con la Virgen María.

P: ¿Se sienten cristianos los indios?

J.C.: Cuanto menor es la influencia occidental, menos cristianos se sienten. Pero, cuando se sienten cristianos, es una religiosidad con sentido mágico, y conservan sus propios dioses. El indio dice: “Yo tengo cincuenta dioses,” es decir, tiene dioses incontables. Y bueno, Jehová es un dios más; Jehová o Jesús, o el nombre que se le dé a la deidad unipersonal. El problema es que el Cristianismo ha traído al indio como consecuencia una serie de enfermedades mentales porque es para el indio una religión represiva. Particularmente en lo que respecta a la vida sexual, a la estructura familiar, y también a los valores de propiedad. Para el indio no existe el robo, porque no hay propiedad privada. Al llegar la invasión europea, trae la propiedad privada y trae el robo. Con la conquista europea se exporta también el mito de la virginidad de la mujer, lo que produce una neurosis de represión en los jóvenes indígenas, ya que la vida sexual para ellos es libre y espontánea, lo que no significa libertinaje, sino que llegado el momento biológico de madurez del ser humano, éste procrea naturalmente. En cambio, la religión cristiana hace una serie de prevenciones que producen un cuestionamiento permanente. Pero esto se da más donde ha influido el catolicismo; en cambio, donde ha habido influencias de las religiones protestantes, lo más tremendo es la negación de la materia; condenan la carne, condenan el cuerpo. A consecuencia de ello hubo en Neuquén en el año '78 un suicidio colectivo de indios, porque decían que era el fin del mundo.

P: ¿Son misioneros norteamericanos los que difunden las religiones protestantes?

J.C.: Sí, y también ingleses, son misioneros sajones. La penetración no sólo afecta a los pueblos indígenas, sino también al ser nacional de los argentinos. Hay comunidades indígenas en la zona chaqueño-salteña, en las que hablan su lengua vernácula y el inglés porque las corrientes evangeliza-

doras protestantes llegaron a principios de siglo, y ellos no saben hablar español, hablan inglés y matabaco.

P: Estas comunidades indígenas, ¿tienen contacto con los campesinos o las gentes de los pueblos? ¿De qué viven? ¿Continúan con sus profesiones tradicionales de pastores, agricultores, artesanos?

J.C.: Como viven en comunidades cerradas como *ghettos*, el contacto casi no existe. Son los comerciantes los que van hacia las regiones y los que se encargan de llevar alimentos. En cuanto a sus profesiones, como les han quitado el espacio vital, han quedado reducidos a zonas marginadas, zonas áridas. Entonces, como ese espacio no alcanza para satisfacer sus necesidades, deben emigrar constantemente a la cosecha de la caña en Tucumán, Salta o Jujuy, o ir a trabajar a la vendimia de Mendoza: se vuelven obreros golondrinas. Llevan en sus alforjas su cultura y a su vez, de regreso traen otros valores culturales.

P: ¿Qué piensan ustedes de esa idea clásica de reducirlos a reservaciones? ¿Esta opción separatista les permitiría mantener su cultura?

J.C.: Las reservas fueron hechas por el gobierno de Roca, que era un racista, y fue financiado por los Estados Unidos, para realizar la Campaña al Desierto, a las tierras de los pueblos pampeanos, es decir, los pampas, los mapuches, los tehuelches y los onas. Esto fue un genocidio tremendo, ya que se pagaba a pistoleros traídos de los Estados Unidos un peso fuerte por testículos de hombres o pechos de mujeres. Lo más pavoroso de esto es que la Campaña al Desierto no fue tal campaña, porque no había tal desierto, y no fue civilizadora, sino un crimen de lesa humanidad contra pueblos que eran milenarios.

P: Exterminadora más que civilizadora. ¿Cuál es la estrategia política entonces, continuar la resistencia o resignarse al curso de la historia, y asimilarse de la mejor manera posible a la sociedad moderna?

J.C.: ¡No! No vamos a resignarnos. Lo que pasa es que ahora, como hay una conciencia nacional e internacional en las Naciones Unidas sobre el derecho a las minorías, a que se nos respete, entonces nos basamos en esos principios para reclamar nuestros derechos y para el reconocimiento de nuestros pueblos. No pensamos que el camino de la violencia sea el mejor y además sería una utopía dada la diferencia de fuerzas.

P: Su trabajo entonces por la reivindicación de sus derechos es a través de las Naciones Unidas y otras organizaciones internacionales.

J.C.: En la Argentina se organizó la Asociación de Indígenas, y a su vez, en Perú, Bolivia, Chile y todos los países sudamericanos, se ha formado el Consejo Indígena Sudamericano. Pero también en Australia, en el norte de Europa. Y en el año '80 se creó el Consejo Mundial de Pueblos Indígenas, cuya sede está en Canadá. Es un organismo que pertenece a las Naciones Unidas como "organismo no gubernamental," una O.N.G. Esta se encarga de denunciar a las Naciones Unidas todas las injusticias que se hacen en el mundo contra los indígenas, y además tenemos un plan de política de desa-

rollo y preservación de los pueblos indígenas. Ya hemos mandado representantes de nuestro país, y el Secretario Coordinador del Consejo Sudamericano es un indio colla argentino. Hace poco tuvimos una reunión por los pueblos miskitos de Nicaragua, que son usados como mercenarios por los Estados Unidos, para engrosar las filas de los “contras.”

P: ¿Quedan entonces esperanzas para la preservación de las culturas indígenas?

J.C.: Nosotros tenemos la certeza inequívoca de que, como este mundo occidental está en crisis, esa misma crisis va a llevar a que la marginación, la opresión, sean finalmente superadas. No me refiero solamente a la marginación de los indios, sino también a la de todos los seres humanos que no pueden gozar de los adelantos del mundo. Se están produciendo movimientos de liberación nacionales, de grupos, como la mujer, el joven. Lamentablemente, no lo veremos nosotros, pero las generaciones que vienen sí. Nosotros estamos luchando en forma activa porque ahora que se está tomando conciencia de los derechos humanos, no puede haber hambre, enfermedades, desocupación. La proclamación de los derechos humanos se hace para que exista una vida ética, con posibilidades de ser feliz. Yo creo que la felicidad no es una utopía, la felicidad es una realidad a constituirse entre todos.

Silvia Pellarolo

University of California, Los Angeles

NOTAS

1. La tradición gauchesca, y particularmente el *Martín Fierro*, recoge este concepto de “malón” con una clara ideología de demonización del “otro.” La edición de Huemul del *Martín Fierro* trae en su glosario la siguiente definición de esta palabra: “Ataque realizado por los indios contra las poblaciones y fortines en el desierto. Solían ocasionar grandes estragos, robando y matando, en forma sorpresiva” (435). Como queda claro, en esta definición no se considera la característica de “resistencia” de los indios a la sistemática aniquilación que sufrían de parte de las autoridades nacionales, empeñadas en quedarse con las tierras indígenas a cualquier costo. Es interesante notar cómo los indios se apropian de este concepto al bautizar su reivindicación de tierras como el “malón de la paz,” presentando su particular punto de vista que enfatiza esta vez la característica de resistencia pacífica al exterminio y usurpación de tierras.

2. El *Nguillatún* es la festividad más solemne de los mapuches, en honor a su dios, para rogarle les mande cosechas propicias y los provea de alimentos. Ernesto Moesbach la define como una celebración en íntima relación con la agricultura: “se celebra regularmente en noviembre, mientras los productos están desarrollándose, y no es otra cosa que un acto religioso popular para pedir a Dios la conservación y prosperidad de la agricultura” (385). Para preparar la celebración se elabora una bebida fermentada del maíz llamada “chicha.” Durante las festividades, que duran cuatro días, se sacrifican animales y se baila al son de música ejecutada con instrumentos tradicionales.

OBRAS CITADAS

Hernández, José. *Martín Fierro*. Buenos Aires: Huemul, 1969.

Moesbach, P. Ernesto Wilhelm. *Vida y costumbres de los indígenas araucanos en la segunda mitad del siglo XIX*. Santiago de Chile: Imprenta Cervantes, 1930.